MI **PLANTA** DE **NARANJA LIMA**

Mi planta de naranja lima
José Mauro de Vasconcelos
Titulo original: O Meu Pé de Laranja Lima
© Copyright (1968) Editora Melhoramentos Ltda, Brasil
Comentario literario: Luis Antonio Aguiar
Prólogo: Luis Pescetti
Traducción: Haydée M. Jofre Barroso, Mónica Ploese

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina y España
© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2025
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200
editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza
Gerencia editorial: Marina von der Pahlen
Producción: Pablo Gauna
Coordinación de diseño: Marialena Acuña
Diseño de tapa e interior: María Victoria Costas

1ª edición en Editorial El Ateneo:
febrero de 1971
1ª edición para México: octubre 2025

ISBN 978-950-02-1673-9

Impreso en México
Tirada: 2.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que
establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley nº 11.723).

de Vasconcelos, José Mauro
Mi planta de naranja lima / José Mauro de Vasconcelos ; Comentarios de Luiz Antonio Aguiar ; Prólogo de Luis Pescetti. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2025.
256 p. ; 17 x 14 cm.
Traducción de: Haydée M. Jofré Barroso ; Mónica Ploese.
ISBN 978-950-02-1673-9
1. Literatura Infantil y Juvenil. 2. Narrativa Infantil y Juvenil Brasilera. 3. Cuentos Clásicos. I. Aguiar, Luiz Antonio, com. II. Pescetti, Luis, prolog. III. Jofré Barroso, Haydée M., trad. IV. Ploese, Mónica, trad. V. Título.
CDD B869.9282

José Mauro de Vasconcelos



MI PLANTA DE NARANJA LIMA

Editorial El Ateneo



EL AUTOR

José Mauro de Vasconcelos nació el 26 de febrero de 1920, en Bangu, Río de Janeiro. Proveniente de una familia sumamente pobre, de niño debió vivir con unos tíos en Natal, capital de Río Grande del Norte, donde pasó su infancia y su juventud. A los 9 años, el pequeño se entrenaba nadando en el río Potengi, en la misma ciudad, y soñaba con ser campeón. También le gustaba leer, principalmente las obras de Paulo Setúbal, Graciliano Ramos y José Lins do Rego; estos dos últimos, importantes autores regionalistas de la literatura brasileña.

Las actividades de la infancia de De Vasconcelos serían la base de toda su vida: el espíritu aventurero, el deporte y, al mismo tiempo, la literatura, el hábito de escribir, el cine, las artes plásticas, el teatro; la sensibilidad y el vigor físico juntos. Se convertiría en un hombre brillante, aunque muy sencillo, lejano a la Academia de Letras.

Estando aún en Natal, cursó dos años de Medicina, pero no aguantó: su personalidad inquieta lo impulsó a regresar a Río de Janeiro, a bordo de un carguero. Una sencilla valija de cartón era todo su equipaje. A partir de aquella ciudad, comenzó una peregrinación por el resto del Brasil: fue entrenador de box y estibador de banano en la capital carioca, pescador en el litoral fluminense, maestro de primaria en un centro de pescadores en Recife, mozo en San Pablo…

Toda esta experiencia, asociada a una memoria y una imaginación privilegiadas y a una enorme facilidad para contar historias, dio como resultado una obra literaria de calidad, reconocida internacionalmente: veintidós libros, entre novelas y cuentos, con traducciones publicadas en Europa, los Estados Unidos, América Latina y Japón, algunos de los cuales tuvieron versiones cinematográficas y teatrales.

Su primera obra, *Banana brava* (1942), retrata a un hombre embrutecido en las minas del sertón de Goiás, en el centro-oeste del Brasil. A pesar de que la novela recibió algunas críticas favorables, no tuvo éxito. Enseguida llegó *Barro blanco* (1945), que tiene como telón de fondo las salinas de Macau, ciudad de Río Grande del Norte. Surgía, entonces, la vena regionalista del autor, que continuaría con *Arara vermelha*, 1953; *Harina huérfana* (*Farinha órfã*), 1970 y *Lluvia de la noche* (*Chuva crioula*), 1972.

Su método de trabajo era peculiar: elegía los escenarios de sus historias y entonces se trasladaba allí. Antes de escribir *Arara vermelha*, recorrió cerca de 3000 kilómetros a través del sertón, haciendo estudios minuciosos que serían la base de la novela. A los periodistas les decía: "Escribo mis libros en pocos días. Pero, en compensación, paso años rumiando ideas. Escribo todo a máquina. Hago un capítulo entero y después releo lo que escribí. Escribo a cualquier hora, de día o de noche. Cuando estoy escribiendo, entro en trance. Solo paro de golpear la teclas de la máquina cuando me duelen los dedos".

La enorme influencia que ejerció en su vida el haber convivido con los indígenas (acostumbraba a viajar al "medio de la selva" por lo menos una vez al año) no tardaría en aparecer en su obra. En 1949 publicó *Lejos de la tierra* (*Longe da terra*), donde cuenta su experiencia y señala los perjuicios sobre la cultura indígena producidos por el contacto con los blancos. Fue el primero de una larga lista de libros indigenistas: *Raya de fuego* (*Arraia de fogo*), 1955; *Rosinha, mi canoa*, 1962; *El padrillo* (*O garanhão das praias*), 1964; *Las confesiones de fray Calabaza*, 1966; *Kuryala: capitán y carajá* (*Kuryala: capitão e carajá*), 1979.

Dicha producción nació de una importante actividad que el aún joven escritor realizó con los hermanos Villas-Bôas, sertanistas e indigenistas brasileños, internándose en el sertón de la región de Araguaia, en el centro-oeste del Brasil. Los hermanos Villas-Bôas –Orlando, Cláudio y Leonardo– lideraron la expedición Roncador-Xingu, iniciada en 1943, que unió el Brasil interior al litoraleño. Hicieron contacto con pueblos desconocidos, cartografiaron territorios, abrieron rutas en el Brasil central.

El libro *Rosinha, mi canoa*, en el que contrapone la cultura del sertón primitivo con la cultura predatoria y corruptora del blanco que se dice civilizado, fue su primer gran éxito. Aunque la obra que alcanzaría el mayor reconocimiento del público llegaría seis años más tarde, con el título de *Mi planta de naranja lima*. Relato autobiográfico, el libro narra la historia de un niño pobre que, incomprendido, huye del mundo real a través de los senderos de la imaginación. La novela conquistó a los lectores

brasileños, del extremo norte al extremo sur, y rompió todos los récords de ventas. En esa época, el escritor afirmaba: "Tengo un público que va de los seis a los noventa y tres años. No solo aquí, en Río de Janeiro o en San Pablo, sino en todo el Brasil. Mi libro, *Rosinha, mi canoa*, se utiliza en los cursos de Portugués en la Sorbona, en París".

Lo que más impactaba a la crítica era el hecho de que el libro hubiese sido escrito en apenas doce días. "Sin embargo, estaba dentro de mí hacía veinte años –decía De Vasconcelos–. Cuando la historia está completamente terminada en la imaginación es cuando comienzo a escribir. Recién trabajo cuando tengo la impresión de que la novela está saliendo por todos los poros del cuerpo. Entonces, surge todo a borbotones".

Mi planta de naranja lima vendió más de dos millones de ejemplares. Las traducciones se multiplicaron: *Barro blanco* se editó en Hungría, Austria, la Argentina y Alemania; *Arara vermelha*, en Alemania, Austria, Suiza, la Argentina, Holanda y Noruega; y *Mi planta de naranja lima* se publicó en alrededor de quince países…

La inspiración autobiográfica continuó con *Vamos a calentar el sol* (1972) y *Doidão* (1973). *Lejos de la tierra* y *Las confesiones de fray Calabaza* también presentan elementos que refieren a la vida del autor. La lista de sus obras incluye, además, libros centrados en dramas existenciales –*Marea baja* (*Vazante*), 1951; *Calle descalza* (*Rua descalça*), 1969, y *La cena* (*A ceia*), 1975–, y otros dedicados a un público más joven, que abordan cuestiones humanísticas –*Corazón de vidrio* (*Coração de vidro*), 1964; *El palacio*

japonés (*O palácio japonês*), 1969; *El velero de cristal* (*O veleiro de cristal*), 1973, y *El niño invisible* (*O menino invisível*), 1978.

Junto al *gaúcho* Érico Veríssimo y al bahiano Jorge Amado, De Vasconcelos fue uno de los pocos escritores brasileños que podían vivir exclusivamente de los derechos de autor. Sin embargo, su talento no brillaba solo en la literatura.

Además de escritor fue periodista, conductor radial, pintor, modelo y actor. A raíz de su buen porte, representó el papel de galán en varios filmes y telenovelas. Obtuvo premios por su actuación en *Carteira modelo 19*, *A ilha* y *Mulheres e milhões*. Asimismo, modeló para el *Monumento à Juventude*, esculpido en el antiguo Ministerio de Educación, en Río de Janeiro, en 1941, por Bruno Giorgi (1905-1993), escultor brasileño internacionalmente reconocido.

Solo en un área no tuvo éxito: la academia. En la década de los cuarenta, hasta llegó a ganar una beca de estudio en España, pero después de una semana decidió abandonar la vida académica y recorrer Europa. Su espíritu aventurero se impuso.

El éxito del autor se debe, principalmente, a la facilidad de comunicación con sus lectores. De Vasconcelos explicaba: "Lo que atrae a mi público debe de ser mi simplicidad, lo que yo creo que es simplicidad. Mis personajes hablan en lenguaje regional. El pueblo es simple como yo. Como ya dije, no tengo ninguna apariencia de escritor. Mi personalidad es la que se expresa en la literatura, mi propio yo".

José Mauro de Vasconcelos falleció el 24 de julio de 1984, a los 64 años.

BITÁCORA DE LECTURA

Luis Pescetti

Un libro es un mensaje abierto, lleva mensajes que no podemos prever porque depende de quién lo lee, dónde y cuándo lo hace.

Lo leo hoy, 2025, después de la pandemia, de todas las prevenciones, los cuidados y las noticias sobre el uso de redes en niños y jóvenes, con la poca autonomía que tienen para manejarse solos por un pueblo o ciudad. Dolido y enojado, entonces, por la pobreza que describe; pero también dolido porque nuestra vida se revela "en cajitas ordenadas" al lado de sus frondosas aventuras.

Leí el libro tomando notas sueltas. Un mundo de ternura, un ovillo de cuidados, evocación con aventura sin que lo perdido haya sido un tiempo perfecto, amor entre hermanos, espacios abiertos.

La inocencia de la mirada. Zezé, el niño precoz, de una sensibilidad y una inteligencia infrecuentes, que no encaja en su entorno, que se cree "el más malo" porque es travieso y tiene el diablo adentro, pero que libera al pájaro de su pensamiento y a quien la maestra le dice que tiene "corazón de oro".

En una de las notas puse que todo está contado como "un paraíso cercano en el tiempo", y esa imagen disparó este poema.

Los paraísos se pierden,
nacen para perderse.
Son como la niebla de la madrugada,
no dura,
o el azul de los cielos infinitos.
Al cielo también lo sostienen cuatro tortugas:
la tortuga blanca, la azul y otras dos que nunca vi,
porque todavía no viajé tanto como para saberlo.
Ya no voy a decir "paraíso perdido"
porque no llegan para echar raíces.
Cuando era más pequeño pensaba que,
si me quedaba muy quieto, el paraíso no se iría,
o que si manoteaba muy rápido lo tomaría de la mano.
Ensayé los dos trucos, y todavía sigo haciéndolo
porque es tan difícil aceptar que se vayan,
a veces antes de terminar de besar las heridas.
El truco es que no hay truco,
solo nuestra sonrisa y un arco melancólico en la mirada.
El tiempo pasa hasta agotarse.
Mientras,
así se llama el país de los paraísos: Mientras.
Soplá tu diente de león, hasta que
solo quede el tallo entre los dedos:
luego andá por otro, por otro,
por más,
hasta que atardezca.

NOTAS DE LA TRADUCTORA

En la presente traducción se ha tratado de conservar el sabor popular en el vocabulario, las formas idiomáticas regionales y las derivadas de situaciones sociales, cultura, educación, etcétera. De esta manera, cada personaje, en su forma de expresarse, representa a su ambiente.

Casi en todos los casos se optó por sustituir las formas muy populares, e inclusive las del lunfardo (*gíria*, en portugués), por su equivalente en castellano; cuando no existían esas equivalencias, se las traducía de manera directa.

Figuran al pie de página las notas, las aclaraciones o los comentarios de la traductora, en los casos en que se hicieron necesarios.

H. M. J. B.

Para los vivos:

Ciccilo Matarazzo

Mercedes Cruañes Rinaldi

Erich Gemeinder Francisco Marins

y

Arnaldo Magalhães de Giacomo

y también

Helene Rudge Miller (Piu-Piu!)

sin poder tampoco olvidar a mi "hijo"

Fernando Seplinsky

A los muertos:

El homenaje de mi nostalgia a mi hermano Luis, el Rey Luis, y a mi hermana Gloria; Luis renunció a vivir a los veinte años, y Gloria a los veinticuatro también pensó que realmente vivir no valía la pena.

Igual nostalgia para Manuel Valadares, que me mostró a mis seis años el significado de la ternura...

¡Que todos descansen en paz!...

y ahora

Dorival Lourenço da Silva

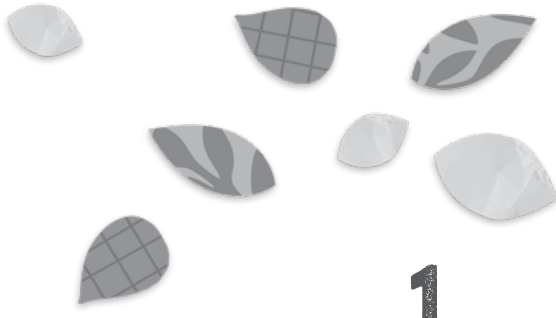
(¡Dodó, ni la tristeza

ni la nostalgia matan!...)

PRIMERA PARTE



En Navidad,
a veces nace el
Niño Diablo



1

El descubridor de cosas

Veníamos tomados de la mano, sin apuro ninguno, por la calle. Totoca venía enseñándome la vida. Y yo me sentía muy contento porque mi hermano mayor me llevaba de la mano, enseñándome cosas. Pero enseñándome las cosas fuera de casa. Porque en casa yo aprendía descubriendo cosas solo y haciendo cosas solo, claro que equivocándome, y acababa siempre llevando una paliza. Hasta hacía bastante poco tiempo nadie me pegaba. Pero después descubrieron todo y vivían diciendo que yo era un malvado, un diablo, un gato vagabundo de mal pelo. Yo no quería saber nada de eso. Si no estuviera en la calle comenzaría a cantar. Cantar sí que era lindo.

Totoca sabía hacer algo más, aparte de cantar: silbar. Pero por más que lo imitase no me salía nada. Él me dio ánimo diciendo que no importaba, que todavía no tenía boca de soplador. Pero como yo no podía cantar por fuera, comencé a cantar por dentro. Era raro, pero luego era lindo. Y estaba recordando una música que cantaba mamá cuando yo era muy pequeñito. Ella se quedaba en la pileta, con un trapo sujeto a la cabeza para resguardarse del sol. Llevaba un delantal que le cubría la barriga y se quedaba horas y horas, metiendo la mano en el agua, haciendo que el jabón se convirtiera en espuma. Después torcía la ropa e iba hasta la cuerda. Colgaba todo en ella y suspendía la caña. Hacía lo mismo con todas las ropas. Se ocupaba de lavar la ropa de la casa del doctor Faulhaber para ayudar en los gastos de la casa. Mamá era alta, delgada, pero muy linda. Tenía un color bien quemado y los cabellos negros y lisos. Cuando los dejaba sueltos le llegaban hasta la cintura. Pero lo lindo era cuando cantaba y yo me quedaba a su lado aprendiendo.

Marinero, marinero,
marinero de amargura,
por tu causa, marinero,
bajaré a la sepultura...

Las olas golpeaban
y en la arena se deslizaban,
allá se fue el marinero
que yo tanto amaba...

El amor de marinero
es amor de media hora,
el navío leva anclas
y él se va en esa hora...

Las olas golpeaban...

Hasta ahora esa música me daba una tristeza que no sabía comprender.

Totoca me dio un empujón. Desperté.

—¿Qué tienes, Zezé?

—Nada. Estaba cantando.

—¿Cantando?

—Sí.

—Entonces debo de estar quedándome sordo.

¿Acaso no sabría que se podía cantar para dentro? Me quedé callado. Si no sabía yo no iba a enseñarle.

Habíamos llegado al borde de la carretera Río-San Pablo.

Allí pasaba de todo. Camiones, automóviles, carros y bicicletas.

—Mira, Zezé, esto es importante. Primero se mira bien. Mira para uno y otro lado. ¡Ahora!

Cruzamos corriendo la carretera.

—¿Tuviste miedo?

Bastante que había tenido, pero dije que no, con la cabeza.

—Vamos a cruzar de nuevo, juntos. Después quiero ver si aprendiste.

Volvimos.

—Ahora ya sabes cruzar solo. Nada de miedo, que ya estás siendo un hombrecito.

Mi corazón se aceleró.

—Ahora. Vamos.

Puse el pie, casi no respiraba. Esperé un poco y él dio la señal de que volviera.

—Para ser la primera vez, estuviste muy bien. Pero te olvidaste de algo. Tienes que mirar para los dos lados para ver si viene un coche. No siempre voy a estar aquí para darte la señal. A la vuelta vamos a practicar más. Ahora sigamos, que voy a mostrarte una cosa.

Me tomó de la mano y seguimos de nuevo, lentamente. Yo estaba impresionado con la conversación.

—Totoca.

—¿Qué pasa?

—¿La edad de la razón pesa?

—¿Qué tontería es esa?

—Tío Edmundo lo dijo. Dijo que yo era "precoz" y que enseguida iba a entrar en la edad de la razón. Y no siento ninguna diferencia.

—Tío Edmundo es un tonto. Vive metiéndote cosas en la cabeza.

—Él no es tonto. Es sabio. Y cuando yo crezca quiero ser sabio y poeta y usar corbata de moño. Un día voy a fotografiarme con corbata de moño.

—¿Por qué con corbata de moño?

—Porque nadie es poeta sin corbata de moño. Cuando tío Edmundo me muestra retratos de poetas en una revista, todos tienen corbata de moño.

—Zezé, deja de creerle todo lo que te dice. Tío Edmundo es medio "tocado". Medio mentiroso.

—¿Entonces él es un hijo de puta?

—¡Mira que ya te ganaste bastantes palizas por decir malas palabras! Tío Edmundo no es eso. Yo dije "tocado", medio loco.

—Pero dijiste que él era mentiroso.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Sí que tiene. El otro día papá conversaba con don Severino, ese que juega a las cartas con él, y dijo eso de don Labonne: "El hijo de puta del viejo miente como el diablo"... Y nadie le pegó.

—La gente grande sí puede decirlo, no es malo.

Hicimos una pausa.

—Tío Edmundo no es... ¿Qué quiere decir "tocado", Totoca?

Él hizo girar el dedo en la sien.

—No, él no es eso. Es bueno, me enseña de todo, y hasta hoy solamente me dio una paliza y no fue con fuerza.

Totoca dio un salto.

—¿Te dio una paliza? ¿Cuándo?

—Un día que yo estaba muy travieso y Gloria me mandó a casa de Dindinha. Él quería leer el diario y no encontraba los anteojos. Los buscó, furioso. Le preguntó a Dindinha, y nada. Los dos dieron vuelta al revés a la casa. Entonces le dije que sabía dónde estaban, y que si me daba una moneda para comprar bolitas se lo decía. Buscó en su chaleco y tomó una moneda: "Ve a buscarlos y te la doy". Fui hasta el cesto de la ropa sucia y los encontré. Entonces me insultó diciéndome: "Fuiste tú, sinvergüenza". Me dio una paliza en la cola y me quitó la moneda.

Totoca se rio.

—Te vas allá para que no te peguen en casa y te pegan ahí. Vamos más rápido; si no nunca llegaremos.

Yo continuaba pensando en tío Edmundo.

—Totoca, ¿los chicos son jubilados?

—¿Qué cosa?

—Tío Edmundo no hace nada y gana dinero. No trabaja y la Municipalidad le paga todos los meses.

—¿Y qué?

—Que los chicos tampoco hacen nada, y comen, duermen y ganan dinero de los padres.

—Un jubilado es diferente, Zezé. Jubilado es el que trabajó mucho, se le puso el pelo blanco y camina despacio, como

tío Edmundo. Pero dejemos de pensar en cosas difíciles. Que te guste aprender con él, vaya y pase. Pero conmigo, no. Haz como los otros chicos. Hasta di malas palabras, pero deja de llenarte la cabeza con cosas difíciles. Si no, no salgo más contigo.

Me quedé medio enojado y no quise conversar más. Tampoco tenía ganas de cantar. Ese pajarito que cantaba desde adentro había volado bien lejos.

Nos detuvimos y Totoca señaló la casa.

—Es esa, ahí. ¿Te gusta?

Era una casa común. Blanca, de ventanas azules, toda cerrada y silenciosa.

—Me gusta. Pero ¿por qué tenemos que mudarnos acá?

—Siempre es bueno mudarse.

Por la cerca nos quedamos observando una planta de mango de un lado, y una de tamarindo, de otro.

—Tú, que quieres saberlo todo, ¿no te diste cuenta del drama que hay en casa? Papá está sin empleo, ¿no es cierto? Hace más de seis meses que se peleó con mister Scottfield y lo dejaron en la calle. ¿No viste que Lalá comenzó a trabajar en la Fábrica? ¿No sabes que mamá va a trabajar al centro, en el Molino Inglés? Pues bien, bobo, todo eso es para juntar algún dinero y pagar el alquiler de la nueva casa. La otra hace ya como ocho meses que papá no la paga. Tú eres muy chico para saber cosas tristes, como esta. Pero yo voy a tener que acabar ayudando en la misa para ayudar en casa.

Se quedó un rato en silencio.

—Totoca, ¿van a traer la pantera negra y las dos leonas?

—Claro que sí. Y el esclavo es quien tendrá que desmontar el gallinero.

Me miró con cierto cariño y pena.

—Yo soy el que va a desmontar el jardín zoológico y armarlo de nuevo aquí.

Quedé aliviado. Porque, si no, yo tendría que inventar algo nuevo para jugar con mi hermanito más chico, Luis.

—Bien, ¿viste cómo soy tu amigo, Zezé? Entonces no te cuesta nada contarme cómo fue que conseguiste "aquello".

—Te juro, Totoca, que no sé. De veras que no sé.

—Estás mintiendo. Estudiaste con alguien.

—No estudié nada. Nadie me enseñó. Solo que sea el diablo, que según Jandira es mi padrino, el que me haya enseñado mientras yo dormía.

Totoca estaba sorprendido. Al comienzo hasta me había dado coscorrones para que le contara. Pero yo no podía contarle nada.

—Nadie aprende solo esas cosas.

Pero se quedaba confundido porque realmente no había visto a nadie enseñándome nada. Era un misterio.

Fui recordando algo que había pasado la semana anterior. La familia se quedó muy sorprendida. Todo había comenzado cuando me senté cerca de tío Edmundo, en casa de Dindinha, mientras él leía el diario.

—Tiíto.

—¿Qué, mi hijo?

Empujó los anteojos hacia la punta de la nariz, como hace toda la gente vieja.

—¿Cuándo aprendiste a leer?

—Más o menos a los seis o siete años de edad.

—¿Y alguien puede leer a los cinco años?

—Poder puede. Pero a nadie le gusta hacer eso cuando todavía es muy pequeño.

—¿Cómo aprendiste a leer?

—Como todo el mundo, en la cartilla. Diciendo "B" más "A": "BA".

—¿Todo el mundo tiene que hacerlo así?

—Que yo sepa, sí.

—¿Pero todo, todo el mundo, sí?

Me miró intrigado.

—Mira, Zezé, todo el mundo necesita hacer eso. Y ahora déjame terminar la lectura. Ve a ver si hay guayabas en el fondo de la quinta.

Colocó los anteojos en su lugar e intentó concentrarse en la lectura. Pero no salí de mi rincón.

—¡Qué pena!...

La exclamación sonó tan sentida que de nuevo se llevó los anteojos hacia la punta de la nariz.

—No puede ser, cuando te empeñas en una cosa...

—Es que yo vine de casa y caminé como loco solamente para contarte algo...

—Entonces vamos, cuenta.

—No. Así no. Primero quiero saber cuándo vas a cobrar la jubilación.

—Pasado mañana.

Sonrió suavemente, estudiándome.

—¿Y cuándo es pasado mañana?

—El viernes.

—Y el viernes ¿no vas a querer traerme un Rayo de Luna, del centro?

—Vamos despacio, Zezé. ¿Qué es un Rayo de Luna?

—Es el caballito blanco que vi en el cine. Su dueño es Fred Thompson. Es un caballo amaestrado.

—¿Quieres que te traiga un caballito de ruedas?

—No. Quiero ese que tiene cabeza de madera con riendas. Que la gente le pone un cabo y sale corriendo. Necesito entrenarme porque voy a trabajar después en el cine.

Continuó riéndose.

—Comprendo. Y, si te lo traigo, ¿qué gano yo?

—Te doy una cosa.

—¿Un beso?

—No me gustan mucho los besos.

—¿Un abrazo?

Lo miré con mucha pena. Mi pajarito de adentro me dijo una cosa. Y fui recordando otras que había escuchado muchas veces... Tío Edmundo estaba separado de la mujer y tenía cinco hijos... Vivía tan solo y caminaba tan despacio, tan despacito...

¿Quién sabe si no caminaba despacio porque tenía nostalgia de sus hijos? Ellos nunca venían a visitarlo.

Rodeé la mesa y apreté con fuerza su cuello. Sentí su pelo blanco rozar mi frente con mucha suavidad.

—Esto no es por el caballito. Lo que voy a hacer es otra cosa. Voy a leer.

—Pero ¿tú sabes leer, Zezé? ¿Qué cuento es ese? ¿Quién te enseñó?

—Nadie.

—No me mientas.

Me alejé y le comenté desde la puerta:

—¡Tráeme mi caballito el viernes y vas a ver si leo o no!...

Después, cuando anocheció y Jandira encendió la luz del farol porque la Light[1] había cortado la luz por falta de pago, me puse en puntas de pies para ver la "estrella". Tenía el dibujo de una estrella en un papel y debajo una oración para proteger la casa.

—Jandira, álzame que voy a leer eso.

—Déjate de inventos, Zezé. Estoy muy ocupada.

—Álzame y vas a ver si sé leer.

—Mira, Zezé, si me estás preparando alguna de las tuyas, vas a ver.

Me alzó y me llevó detrás de la puerta.

—Bueno, a ver, lee. Quiero ver.

---

1. Compañía de electricidad (N. de la T.).

Entonces me puse a leer. Leí la oración que pedía a los cielos la bendición y protección para la casa, y que ahuyentaran a los malos espíritus.

Jandira me puso en el suelo. Estaba boquiabierta.

—Zezé, te aprendiste eso de memoria. Me estás engañando.

—Te juro que no, Jandira. Sé leer todo.

—Nadie puede leer sin haber aprendido. ¿Fue tío Edmundo quien te enseñó? ¿O Dindinha?

—Nadie.

Tomó un pedazo de diario y leí. Correctamente. Dio un grito y llamó a Gloria. Esta se puso nerviosísima y fue a llamar a Alaíde. En diez minutos un montón de gente de la vecindad había venido a ver el fenómeno.

Eso era lo que Totoca quería saber.

—Te enseñó, prometiéndote el caballito si aprendías.

—No, no.

—Le preguntaré a él.

—Ve y pregúntale. No sé decir cómo fue, Totoca. Si lo supiera te lo contaría.

—Entonces vámonos. Pero ya vas a ver cuando necesites algo...

Me tomó de la mano, enojado, y me llevó de vuelta a casa. Y allí pensó en algo para vengarse.

—¡Bien hecho! Aprendiste demasiado pronto, tonto. Ahora vas a tener que entrar en la escuela en febrero.

Aquello había sido idea de Jandira. Así, la casa quedaría toda la mañana en paz y yo aprendería a ser más educado.

—Vamos a entrenarnos en la Río-San Pablo. Porque no pienses que en época de clases voy a hacer de empleado tuyo, cruzándote todo el tiempo. Tú eres muy sabio, aprende entonces también esto.



—Aquí está el caballito. Ahora quiero ver.

Abrió el diario y me mostró una frase de propaganda de un remedio.

—"Este producto se encuentra en todas las farmacias y casas del ramo".

Tío Edmundo fue a llamar al fondo a Dindinha.

—¡Mamá, lee bien hasta farmacia!

Los dos juntos comenzaron a darme cosas para leer, que yo leía perfectamente.

Mi abuela rezongó que el mundo estaba perdido.

Me gané el caballito y de nuevo abracé a tío Edmundo. Entonces me tomó de la barbilla, diciéndome muy emocionado:

—Vas a ir lejos, tunante. No por nada te llamas José. Vas a ser el Sol, y las estrellas brillarán a tu alrededor.

Me quedé mirando sin entender y pensando que él estaba realmente "tocado".

—No entiendes esto. Es la historia de José de Egipto. Cuando seas más grande te contaré esa historia.

Me enloquecían las historias. Cuanto más difíciles, más me gustaban.

Acaricié mi caballito largo tiempo, y después levanté la vista hacia tío Edmundo y le pregunté:

—¿Te parece que la semana que viene ya seré más grande?...